

*pro Christi Ecclesia impiger, in injuriis patiens, Religiosorum amator, ac in eruditos viros munificus.* (1)

### Nicolás V.

Oímos una vez mas, y no nos sorprende, á un *enemigo del papado*, como se titula el mismo Sr. Amador, rindiendo homenaje á la virtud y á los grandes bienes que ha hecho el Pontificado. *Se ha colocado, dice, con razon* (el Sr. Nicolás V) *entre los mas virtuosos y mejores Papas que la Iglesia haya tenido.*»

Eso decimos nosotros: ha tenido la Iglesia muy virtuosos y muy buenos Papas. No era eso lo que vd. habia dicho. Si no recordamos mal, no es, dijo vd., el Papado, mas que *una dinastía de demonios*. ¿Nos vamos, pues, enmendando? ¿Es que en vd. ha de cumplirse, como en todos los enemigos de la verdad, el que sin pensar se descubren alguna vez para saludarla? ¿ó es esa confesion una *tretilla* para recomendarnos de imparciales?

Pregunta vd. ¿por qué no ha sido canonizado el Sr. Nicolás V? ¡Oh, Sr. Amador: si hubieran de canonizarse todos los que viven y mueren santamente en la Iglesia católica, seria negocio de nunca acabar! Y es, ademas, tan circunspecta, tan exigente, tan económica la Iglesia en materia de canonizacion, examina las cosas tan maduramente, que no, no á todos los que son virtuosos y buenos los canoniza!

### Calixto III.

Para infamar su memoria, nos cuenta el Sr. Amador que este Papa debió el capelo al rey D. Alfonso V, con quien, dice, se mostró despues ingrato.—No, señor historiador, no es esto exacto. El cardenalato lo obtuvo Calixto III por sí mismo, por sus eminentes virtudes, por sus profundos conocimientos y por ser, como le lla-

(1) Burio, pág. 225.

mó Pio III, «el excelentísimo entre todos los de su edad en la ciencia de las leyes.» Por todo esto, el mencionado rey lo llevó á su consejo para aprovecharse de sus luces; de allí pasó á ser cardenal y despues Pontífice romano.

Como tal, fué Calixto III, segun lo asienta Platina, (1) tan grave y sincero, que jamás dirigiria palabras de lisonja: gobernó la Iglesia con suma dignidad, impidiendo toda usurpacion al mismo Alfonso, sin mancharse con la nota de ingratitud, porque fiel guardian del tesoro que Dios le confiara, debia conservar á toda costa y sin consideraciones de ningun género, las prerogativas de la Iglesia, á cuya frente habia sido puesto. Es cierto que se opuso á la sucesion de Fernando; pero atiéndase que, íntimo conocedor del reino y de los secretos de Alfonso, comprendió tal vez que la sucesion del hijo natural de este, seria nociva á sus súbditos y á la Iglesia misma.

Por lo que respecta á la *ambicion* de este Papa, oígase lo que, hablando de él, nos refiere el anotador de Bercastel: “Su conducta ejemplar le hizo admirar en Roma; no habia cardenal mas humilde, mas *desinteresado*, mas sábio. El Papa Eugenio IV y sus sucesores, le instaron para que admitiera otros obispados mas pingües; pero Borja respondia que no queria mas que una esposa, y esa virgen.” (2) Y si dejó ciento cincuenta mil escudos en sus arcas, tenian estos un objeto muy noble: la guerra de la *civilizacion* contra la barbarie, la reduccion del imperio otomano.

### Pio II.

Solo hay una verdadera grandeza: la del hombre que conociendo sus errores los abjura y abraza la verdad. Solo D. Juan Amador condena al *eterno oprobio* al Pontífice, historiador y poeta que, imitando á David, Pedro y Agustin, conoce y se separa y detesta sus

(1) In vita Ciacon, lib. 1.º

(2) Tom. XVIII, pág. 270.

faltas, revistiéndose, al entrar en el Pontificado, del hombre nuevo, de Pio II, para dejar el antiguo, Eneas Silvio Nicolomini; porque comprende la vanidad de la gloria humana, y se convence de que si el segundo lo hizo grande entre sus discípulos, el primero lo immortalizará ante el mundo entero y, sobre todo, le dará la verdadera felicidad. Tal es el comun sentir de los hombres, y por esto compadecemos al Sr. Amador cuando quiere *ocultar de vergüenza* á este Pontífice que debia tomar por modelo, dando así una prueba de que no es, como hasta aquí nos ha parecido, un hombre que sostiene de mala fé el error.

### Paulo II.

Es este uno de los Pontífices contra quien mas injurias acumuló D. Juan Amador. Para refutar ó confesar con sinceridad las gravísimas faltas de que lo acusa, registré, con el mayor cuidado, todos los historiadores eclesiásticos que me parecieron mas imparciales, y en ninguno encontré confirmado que este Papa fuera el monstruo que describe Amador en su folleto. Hallé, sí, que fué amante de las esterioridades que se han hecho necesarias para dar prestigio á la autoridad. Mas ningun escritor dice de Paulo II que haya tenido los mas degradantes vicios, como lo cuenta el folleto, tomándolo de la "Historia de los Papas," escrita por Platina. Pero para que no ignore D. Juan Amador, la fé que merece el dicho de ese escritor, me permito copiarle el siguiente párrafo de Receveur. "El historiador Platina denigra la memoria de este (Paulo II) á quien tacha, entre otras cosas, de avaricia, amor del fausto, cuidado excesivo del adorno y ódio á los sábios. Pero estas imputaciones, algunas de las cuales están formalmente desmentidas ya por otros testimonios, ya por hechos incontestables, deben parecer todas sospechosísimas en un autor que descubre sin cesar su ódio y espíritu de venganza contra Paulo II." (1)

(1) Tom. IV, pág. 542.

Aquí se tiene destruida esa acusacion sin fundamento que se dirigió á este Pontífice; y debo advertir al Sr. Amador, que nos engaña al decir que su muerte fué ocasionada por un *hombre á cuya esposa habia ultrajado*. Lea á Berault, Beaufort y Receveur, y allí encontrará que, á causa de un terrible ataque apoplético, falleció el 28 de Julio de 1471. ¿Cómo, pues, mentir tan sin rubor?

### Sixto IV.

Parece imposible que haya quien ultraje tan soezmente á un hombre de las virtudes y el mérito de Sixto IV. Ese Pontífice cuyo nombre se vé hoy grabado todavía por todas partes en la ciudad eterna; el sábio que ilustró al mundo con sus escritos; que protegió á las ciencias y á las letras; el que fué generoso y liberal como ningun príncipe; el que por su penetracion en los negocios de gobierno y su espedicion asombrosa para despacharlos, ocupa un lugar distinguido entre los hombres de Estado, y el que, en fin, por la pureza de sus costumbres y sus eminentes virtudes, es mirado con respeto por los propios enemigos de la comunión católica; hoy es insultado, de la manera mas brutal que puede imaginarse, por D. Juan Amador.

Vacilo en si deba escribir aquí la injuria que le hace, porque temo faltar á los hombres de bien y faltarme á mí mismo. Hay cosas que no me espanta el oirlas; pero sí me indigna el que se le digan á nadie, y menos á un hombre virtuoso. En el mundo, si alguna vez descubro mi cabeza con gusto, es ante la virtud. Por eso me descubro ante Sixto IV y denuncio ante los hombres honrados al que ha dicho de él que *durante los meses de Julio y Agosto, á causa del calor abrasador, dió licencia de que se practicara el nefando crimen de sodomia y que estableció casas públicas de prostitucion*.

No trato de responder á eso. Estimo en algo mi dignidad de hombre para ir á tocar ese lodo: quiero solamente añadir que de este Pontífice dicen los historiadores que con las solas piedras

donde los romanos, por gratitud, escribieron su nombre, habria para construir un palacio; quiero recordar que el magnífico puente del Tiber se llama todavía puente de Sixto IV; que levantó un templo; que embelleció á Roma; que enriqueció la biblioteca del Vaticano con las obras que mas honran al ingenio humano, y que bajó al sepulcro en medio de las bendiciones, de las lágrimas de los pobres.

Si nada de esto supiere el Sr. Amador, y no me cree, vea á Receveur tom. IV, pág. 561, y á Bercastel tom. XIX, pág. 64. Le he dicho que yo no referiré las cosas, como él, sin probarlas, y hasta aquí he cumplido mi palabra.

### Inocencio VIII.

Dice D. Juan Amador que Inocencio VIII no fué elevado á la dignidad pontificia por una vida ejemplar; puesto que tenia *hijos naturales*.—¡Mentira! Si tenia hijos, fueron habidos en matrimonio, porque fué casado.—Que trataba de destronar al rey de Nápoles.—¡Calumnia! Lejos de eso, aseguró la sucesion de ese rey por una bula de 4 de Julio de 1492.—Que lo excomulgó por miras políticas.—¡Error! Lo excomulgo despues de repetidas, corteses é infructuosas amonestaciones, porque dejaba de pagar el tributo que debía á la Santa Sede.—Que concedió á los sacerdotes de Noruega decir misa con una sola especie. ¡Fábula! “*Falsum enim et fabulosum est, dice Ferraris, (1) quod Inocentius VIII dispensaverit cum Noruegis, ut in una tantum specie consecrarent.*” Los otros hechos que desmienten lo que dice D. Juan Amador, pueden verse en Beaufort, tom. V, en Bercastel, tom. XIX y en Receveur, tom. IV.

(1) Bibliotheca, in verb. *Vinum*, núm. 20.—En la palabra *Sacrificium*, núm. 34, se halla toda la narracion circunstanciada de esa fábula, su autor, el éxito que tuvo ese cuento y mil otras curiosas noticias.

## SIGLO XVI.

### Alejandro VI.

¿Hé aquí una cuestion ¿Alejandro VI fué un hombre que tuvo, segun refiere algun historiador, faltas, crímenes tal vez, un Pontífice que no ha dejado un buen nombre en el mundo?

¿Son ciertos los hechos que refiere D. Juan Amador?

La exageracion, el espíritu de partido y el odio, sobre todo, á la Iglesia católica, han hecho de Alejandro VI, un hombre que, si fué malo, se reputa doblemente malo de lo que fué. Comunmente no se ve la historia para juzgarlo: muchos de los que hablan de este Pontífice, no han visto de él mas que lo que dicen las novelas, la de El Conde de Montecristo, de Dumas, ó cualquiera otra, y ya con eso se creen autorizados para pronunciar un fallo irrevocable contra el *monstruo feroz*, como lo llama el Sr. Amador. Hoy dia muchos de esos terribles cargos, los mas, que hacen sus enemigos á este Pontífice, están contestados por la crítica imparcial; están desvanecidos ante el tribunal de la razon y de la historia.

La historia, antiguamente, era una fria é impasible narradora, que no analizaba los hechos: hoy la filosofía de la historia es un estudio que ha venido á darnos luz sobre muchos sucesos y sobre muchos hombres, que, ó no se conocian, ó se conocian mal. Tengo á la vista una obra de un crítico moderno, dotado de grande ilustracion y de un espíritu verdaderamente analítico, y en ella se encuentra un exámen crítico de las acciones de Alejandro VI. Voy á exponer sustancialmente lo que dice en defensa de este Papa, para que la verdad recobre su imperio.

Hace ver, ante todo, que al subir al Pontificado Alejandro, Roma, como reino temporal, no existia mas que de nombre: ciertas familias de los patricios mas poderosos habian acabado por usurpar el patrimonio de S. Pedro y por hacer de la Ciudad eterna una

morada de foragidos. Mas á penas toma Alejandro las riendas del poder, la abundancia, la seguridad y todo renace en Roma, y ya nadie corre riesgo de morir de hambre, ó á manos de bandidos. A Inocencio VIII, su antecesor, no le faltaba voluntad para remediar esos males y poner dique á esos exarcas, á esos reyezuelos que, estando á las puertas de la misma Capital, hacian imposible toda justicia y todo bienestar público. Tenia Inocencio una alma muy bella, es verdad; pero un cuerpo muy débil y enfermizo. Bajo el gobierno de Alejandro VI, gobierno de energía y de suavidad á la vez, el pobre como el rico podian estar seguros de hallar jueces en Roma: el pueblo, los soldados, los ciudadanos, eran sumamente entusiastas por el Pontífice, porque poseia cualidades verdaderamente regias.

Por la noche Alejandro no dormia mas que dos horas: pasaba por la mesa como una sombra, sin detenerse nada: nunca rehusaba oír la súplica del pobre; pagaba de su tesoro las deudas de los acreedores, desgraciados y se mostraba inexorable contra la prevaricacion.

Para juzgar bien una vida en que muchas veces se mezcla la sombra con la luz, no hay que atenerse á los pasquines de un poeta como Sannazar, cuyos epigramas, por otra parte, están hoy despreciados; mucho menos al testimonio de Guichardin, que, como verdadero florentino, no disimula su ódio contra los Borja; menos todavía al "Diario" de un aleman, que, como buen teuton, trata siempre de hallar defectos en el hombre del Mediodia. No se olvide que en los tiempos que alcanzó Alejandro, la poesía hacia frecuentemente las veces de historia, y el epigrama el oficio del puñal.

La posteridad ha hecho ya justicia á muchas de las acusaciones que se hacian contra la memoria de este Papa. Voltaire, el mismo Voltaire, en su Disertacion sobre la muerte de Enrique IV, lo defiende del envenenamiento del Cardenal Corneto, que le imputa Guichardin. El autor de la "Galeria Universal" se rió de todas esas escenas de sangre á que Burchard quiere hacerlo asistir. Roscades, anglicano, no dá crédito, fundado en buenas razones, á ese comercio incestuoso que *el gran diarista* de la época quiere que tuviera con la bella Lucrecia. Muratori, embajador de Ferrara en Ro-

ma, ha demostrado que la muerte del Pontífice no fué ocasionada, como cuenta Gordon, por el veneno que Alejandro mismo preparaba á ciertos cardenales, y un crítico moderno, Matías, ha reducido á la nada la absurda mentira de que fué el envenenador de Gem, hermano del sultan Bayaceto, cuando la verdad es que murió de disenteria en el campamento mismo de Cárlos VIII.

No se ha fijado, como se debiera, la atencion sobre una grande accion de este Pontífice, y es el llamamiento que hizo á la cristiandad para rechazar á los turcos, que amenazaban arrojar sobre el Occidente, y cuyo triunfo habria costado, entre otras pérdidas inmensas, la pérdida de las letras.

La fuente de donde han bebido los que lo acusan, es un diario escrito por un tal Burchard, diario ininteligible, indescifrable, del que se burla Voltaire, y del cual dice Páris de Grasis—que mas bien parece escrito por la uña del diablo, que por mano humana.—Y es lo mas notable, que este manuscrito póstumo, que su autor no destinaba á que viera la luz pública, fué descifrado por un protestante, como mejor le convino (1).

Ahora bien: no quiero negar que Alejandro VI haya tenido faltas: dije, y lo repito aquí: "que donde quiera que halle una mancha la confesaré," porque eso no empaña en nada el lustre del Pontificado. Pero apelo á todo hombre de buen criterio ¿qué crédito merecen esas inculpaciones que hizo á este Pontífice un poeta de pasquines, como Sannazar, cuyos disticos copia y nos da por historia D. Juan Amador? ¿Qué autoridad tiene ese diario indescifrable, escrito por un aleman, enemigo del Pontífice, y descifrado por otro enemigo del Papado? Y sin embargo, esas son las fuentes de donde parten las acusaciones que se hacen á Alejandro VI.

Por lo demas, ya ve el Sr. Amador lo que valen esos supuestos crímenes del envenenamiento del hermano de Bayaceto; del que se preparaba á los cardenales, y del mismo de Alejandro. Si Voltaire mismo se ha reido de esos cuentos, ¿querrá todavía el señor

(1) Véase á Audin. Histoire de Leon X. et de son siecle.

Amador que los creamos? Abandono con la mas completa confianza las observaciones anteriores á todo hombre juicioso, y no dudo que dirá de Alejandro VI lo que dice Audin: *Le pape á fait des oeuvres admirables: nous le revendiquons au nom de la verité; l'homme est tombé souvant de bien haut; comme catholique nous pleurons amèrement ces chutes.*

### Julio II.

Julio II fué un gran Papa y un gran rey: solo los escritores como D. Juan Amador, que ven á los hombres y á las cosas al traves de su ciego furor por todo lo que pertenece al catolicismo, pueden decir de este Pontífice que fué cruel, sanguinario, de conducta relajada, y otra vez *monstruo feroz* como dijo de Alejandro VI. La historia y la crítica lo juzgan de otro modo que sus innobles enemigos: "Julio II, electo por unanimidad de votos para suceder á Pio III, debia ser el Moises de la Italia. No conocemos en la historia un hombre predestinado á llevar una corona, que reuniese, como Julio II, todas las cualidades que hacen grandes á los reyes. Estraño á todo manejo hipócrita, sabia ir de frente y sin temblar hácia los mas difíciles proyectos que concebía su grande alma, y sabia al mismo tiempo ser prudente cuando se trataba de realizarlos: su determinacion era siempre pronta; pero siempre calculada. Era sufrido en el infortunio, valiente en el peligro, misericordioso en la victoria. Podeis imaginarlo rodeado de cuantas grandezas querais: él cumplirá dignamente las miras de la Providencia. Encomendadle un ejército como el que puso á sus órdenes Sixto IV, su tio, contra los revoltosos de la Umbria, y se batirá como un héroe, y será el padre de sus soldados: pondrá en sus manos el cincel del escultor y animará el mármol, haciendo un David parecido al de Miguel Angel; y si por fin, lo colocais en un trono, llevará á cabo cuanto de mas maravilloso han intentado los grandes reyes." (1)

(1) Audin.

Ya lo oye el Sr. Amador: Julio II no fué un *monstruo feroz*, cruel, sanguinario y aborrecido: fué un rey prudente, generoso, amante de la justicia y de la gloria.

Y Julio II fué aun mas gran Papa que gran rey. "Si para ser Papa es preciso saber proteger los derechos de la autoridad amenazada por algunos cardenales cismáticos, defender en un *Concilio* la doctrina apostólica; no llamar á su consejo mas que hombres de ciencia y de piedad; dar al mundo el ejemplo de una *castidad* de costumbres *irreprochables*, velar sin cesar por la administracion de justicia, guardar la fé jurada, perdonar á sus enemigos, confiarse á Dios en el infortunio, dar limosnas, amar á los pobres, distribuir bien el tesoro público sin llevar al suyo ni un dinero, y por fin morir, como muere un buen cristiano; Julio II fué digno de llevar la tiara." (1)

No dejaré pasar desapercibida una de las garrafales mentiras de D. Juan Amador, al hablar de este Papa, y es que se *resistió siempre á convocar un Concilio*: disolvió en primer lugar el conciliábulo de Pisa y convocó el Concilio de Letran. (2)

No son, pues, mas que calumnias las de D. Juan Amador.

### Leon X.

El hombre que no tiene ni para Leon X una palabra de elogio, no tiene corazon ni tiene alma. Lo bello, lo sublime, lo grande, es nada para ese espíritu disecado y frio, para ese corazon gastado por la rabia y el rencor. Aunque yo no fuera católico, amaría á Leon X y rendiria á su memoria pleito homenaje. ¿Sabeis por qué? Porque yo amo las letras y las artes, y Leon X dió su propio nombre á su siglo, restaurando aquellas y protegiendo estas. Todo fué espléndido, magnifico en este Pontífice. La Ciudad eterna presentaba el mas esplendente espectáculo que puede contemplar la inteligencia humana. En torno de Leon X acudia

(1) Audin.

(2) Bull. tom. 2 Jul." Const. 17.

todos los días una multitud ilustre de pintores, escultores, poetas y humanistas, Miguel Angel, Rafael, Andres del Sarto, Bembo, Sodaletto, Maquiavelo, Gucciardin, Paulo Jove, y todos los que habian cultivado con aprovechamiento su ingenio. (1) “Todo se descubria allí á un tiempo, artistas, filósofos, grandes señores, monarca y pueblo. El pueblo de Florencia con la cabeza descubierta y ramos de oliva en las manos, acompañaba procesionalmente una virgen de Cimabue que acaba de hallarse en Ferrara, unos braceros repetian las estrofas de Orlando, y los salteadores de los Apeninos se inclinaban ante el Ariosto en señal de respeto.... Venecia, Ferrara, Milan, Bononia, Parma, Florencia y Roma, cada ciudad de Itália, era un foco de ilustracion y de ciencia, qui iba iluminando con su llama el mundo entero.” (2)

¡Y este movimiento, y este impulso, lo imprimia el genio de Leon X! ¡Y ese genio, y ese rey de la literatura; es insultado por D. Juan Amador! No hallando qué decir de él, lo llama ateo. ¡Ateo! Un artista no puede ser ateo: la inspiracion, el amor, el sentimiento, la gloria solo germinan en un corazon creyente.

Lo calumnia diciendo, ademas, que vendió las indulgencias con pretexto de emplear su producto en la conclusion del Vaticano y de su propio tesoro.—¡Oh no sabeis lo que decís! *No vendió las indulgencias, concedió indulgencias* á todos los pueblos de la cristiandad que cooperaron con sus donativos, no para la *conclusion del Vaticano*, sino para los gastos de la guerra que hacia la civilizacion contra la barbarie, las naciones cristianas contra Selim, el orgulloso sultan que las desafiaba. Si, concedia indulgencias para eso y para la conclusion de esa obra, honor del genio, orgullo de los católicos y gloria de Julio II y de Leon X: la Iglesia de San Pedro en Roma (3).

Que fué, lo que decís siempre, instigador *de guerras y alborotador y pérfido*.

No fué sino el mas gran político de su tiempo; el que termi-

(1) Beaufort tom. 5.

(2) Histor. de Lutero por Audin, tom. 1.

(3) Beacastel t. 19

no las desavenencias de los reyes, como cuando reconcilió á Enrique VIII y Luis XII de Francia, y el que engrandeció á la nacion que gobernaba.—Y por fin, decís que aceleró con su conducta y sus declamaciones, la escision de la Iglesia, exacerbando los ánimos de los protestantes.—Lo repito: calumniais, ó no entendeis nada en achaque de historia. Todo el mundo sabe, menos el Sr. Amador, que Leon X, de carácter naturalmente dulce, luchó mucho tiempo con su propia conciencia y con los consejos de los que formaban su corte, antes de determinarse á expedir la bula de condenacion contra Lutero y los reformadores: que se valió de cuantos medios le sugeria su gran talento para atraer al heresiarca á la unidad católica; que se dignó hacerle un llamamiento, una citacion á Roma, expensando el tesoro pontificio los gastos del viaje, y solo cuando vió que todo era en vano, publicó la referida bula, sin acrimonia, como á su pesar, en fuerza solo de su deber. “Cuando apuré todos los tesoros de su longanimidad, dice Beaufort, fué preciso que cogiese el callado del pastor é hiriese á la oveja rebelde.”

### Paulo III.

Con el mayor cuidado he visto lo que escribieron sobre este Pontifice, Guillermo Burio, Berault Bercastel, Beaufort, Receveur y César Cantú, y en ninguno he encontrado ni una palabra, ni una insinuacion siquiera sobre ese cúmulo de crímenes de que lo hace autor y responsable D. Juan Amador. Y como al asentar esas inculpaciones, no aduce pruebas de ningun género, ni cita mas autoridad que la suya propia, estamos en nuestro derecho para llamarlo, como lo llamamos, calumniador, por mas que quisieramos evitar la dureza de la palabra. Léjos de haber sido este Pontífice lo que supone D. Juan Amador, la historia, (y entiendo por historia, no el dicho de cualquier escritor-zuelo, sino el dicho unánime de hombres tan respetables, nada afectos algunos de ellos á los papas, como los que acabo de citar)

la historia, digo, ha inmortalizado el nombre de Paulo III. Un solo hecho de su pontificado es bastante para que se haya cubierto de gloria: la convocacion del Concilio de Trento, de esa asamblea, la última y mas grande que han presenciado las edades, por el objeto que tuvo y por sus resultados de inmensa trascendencia. ¿Sabeis que motivos tuvo Paulo III para convocar ese Concilio? Los legados del Papa lo manifiestan desde la primera sesion, celebrada en 13 de Diciembre de 1545: *la extirpacion de la herejia; el restablecimiento de la disciplina eclesiástica; la reforma de las costumbres y la paz de la Iglesia.*

Quizá ningun pontífice ha hallado, al subir á la cátedra de San Pedro, una situacion tan difícil. Había que pacificar los imperios, contener los avances de la reforma y reconstituir fuertemente la unidad católica, que parecia pronta á romperse. “Mas por fortuna, dice Beaufort (1) se encontró un hombre que tuvo bastante talento para concebir tan grandes pensamientos, y bastante valor para ejecutarlos: este hombre fué Paulo III.”

Se unió, es verdad, por algun tiempo, con Cárlos V; pero no para perseguir á los protestantes, como asienta D. Juan Amador. “Concluyó, dice el mismo Beaufort, una alianza entre los venecianos y Cárlos V *contra los turcos*, y logró reconciliar á este rey con el de Francia.

Otro de los sucesos mas gloriosos del reinado de Paulo III, y que de *tan fatales consecuencias* parece á D. Juan Amador, fué el instituto de los Jesuitas. (2) ¡“Qué admirable contraste con la tendencia de aquella época, dice Ranke, historiador protestante. Asi cuando de todas partes se levantan contra el Papa la resistencia y el espíritu de exámen, se consagra espontáneamente á su servicio una compañía llena de celo y entusiasmo.”

(1) Tomo 5.

(2) Le aconsejo á D. Juan Amador que si quiere conocer verdaderamente á los Jesuitas, á quienes aquí tambien calumnia, no los estudie en las novelas de Eugenio Sile, sino en “Clemente XIV y los Jesuitas,” obra escrita por Cretineau Joly. donde hallará cuanto puede desear la crítica mas exigente; y luego juzgue.

“Paulo III, dice Bercastel, por mas que hayan escrito contra él una multitud de censores, ya émulos, ya heterodoxos, será reputado, segun el testimonio *mas cierto de sus obras*, por un Pontífice de mucho acierto en los consejos y de grande energía en las resoluciones, igual en todos los acontecimientos, noble en sus inclinaciones, afable en sus modales, amante de las letras, aprovechado en ellas y siempre dispuesto á premiar el mérito.”

Aunque habria mucho mas que decir acerca de las prendas que adornaban á este Pontífice, es preciso limitarme á lo referido, por ser breve en cuanto es posible: y solo añadiré que, aunque no sé á qué venga insertar en el *retrato* de Paulo III la bula de condenacion de Lutero, que expidió Leon X; forma ese documento, sin imaginárselo siquiera D. Juan Amador, un argumento contraproducente. Ya que no tuvo la *habilidad* de colocarlo donde correspondia, ya que venga ó no venga al caso, lo inserta al hablar de Paulo III, ¿no ve que ese es un testimonio glorioso de la bondad de corazon, de la caridad, de la prudencia de que estaba animado Leon X hácia Lutero, en contraste con las notas que este hizo á la citada bula, en que se deja ver todo lo soez, todo lo grosero, todo lo rabioso que era el fraile apóstata? Verdaderamente sois un pésimo abogado, Sr. Amador. Os proponiais *atacar* á Leon X ó á Paulo III; no sabeis ni á quien, y recomendar á vuestro maestro: y hé aquí que dejais por los suelos á Lutero y glorificais á Leon X. Para vuestro consuelo, debo deciros, que no es la primera vez que el error y la mentira, pagan, á su pesar, homenaje á la justicia y á la verdad.

### Julio III.

“Julio III, dice Receveur, (1) descendia de una familia oscura de la Villa del Monte en Toscana, de donde se apellidó Del Monte, á ejemplo de un tio suyo, tambien cardenal. Fué presidente del Concilio de Trento y adquirió mucha fama por su talento y habili-

(1) Tom. V, p. 43.

dad para los negocios; mas el haber dispuesto del primer capelo en favor de un jóven desconocido, que no tenia otro mérito que su proteccion, debilitó bien pronto el concepto formando de su prudencia y capacidad." Lo mismo dicen los demas historiadores.

Y he aquí que una cosa que nada tiene de extraño, que se vé todos los dias, una proteccion hácia una persona, es juzgada por por D. Juan Amador de la manera mas temeraria y villana. Es necesario tener una alma en que se abriguen los mas malos pensamientos, para sospechar de todo, para atravesarse á estampar una calumnia tan inmundada, como la que ha inventado ese libelista. Julio III sacó de la nada á un hombre, lo colmó de beneficios como no merecia, es cierto, lo vió como un padre á su hijo, y nada mas.

¿Qué hay en eso de extraño? Llamadlo, si quereis, una debilidad; pero si os adelantais á creer otra cosa, cuando nada mas dice la historia, ¿no heceis que á vos mismo se os juzgue como hombre de ideas muy ruines? Basta: esa clase de calumnias, si á alguno infaman, es á quien las hace.

¿Y cómo no habla el Sr. Amador del empeño y celo de este Pontífice porque el Concilio de Trento continuara sus sesiones, á fin de conseguir los grandes fines con que habia sido convocado? ¿Cómo no habla de sus trabajos para reconciliar á la Inglaterra con la Santa Sede, como lo consiguió; del homenaje que le rindió el Patriarca de Asiria, de las muestras que dió de juez íntegro é inexorable en el ruidoso asunto del asesinato del Cardenal Martinuccio, ni de nada, en suma, mas que de suposiciones gratuitas é interpretaciones impropias de un espíritu noble y bien intencionado?

### Paulo IV.

Cuando se escribe, lleno el pecho de odio, como escribe D. Juan Amador, nada es capaz de hacer abrir los ojos, ni las acciones mas gloriosas, ni los hechos mas notorios, ni el juicio de la posteridad: nada: esa pasion innoble todo lo desfigura y todo pretende mancharlo con su impuro aliento. Paulo IV, fué un hombre cuya vi-

da se reasume en estas breves frases: Como italiano, amó, cual nadie ha amado, la libertad y el engrandecimiento de Italia: como Pontífice, procuró, como pocos de sus predecesores, el acrecentamiento de la fè cristiana y la reforma de las costumbres. Esta era su divisa y su exclamacion constante: ¡reforma! ¡reforma!—Y sin embargo de que así ve el mundo desfilarse á este grande hombre, á la voz de la historia, D. Juan Amador lo llama *inhumano, dragon, astuto, odioso, imbécil*.—Dice que se declaró enemigo de algunas casas reinantes.—No, no se declaró enemigo mas que de la dominacion extranjerica, que habia hecho de una gran parte de la Italia, unos pueblos de esclavos. Paulo IV habia nacido en el siglo XV, en que la libertad de su patria despedia los mas vivos resplandores, y cuando sube al trono Pontificio, con un corazón ardiente y una voluntad de hierro, resuelve como rey y buen italiano, trabajar sin descanso por la independenciam, y la libertad y la gloria de la Italia. Esa fué, Sr. Amador, la causa de la poca armonía que reinó entre él y Carlos V, el Austria y la poderosa España de aquel tiempo. No se declaró enemigo de ese emperador, porque no pudo sufrir el verse su vasallo. Nadie podia avasallar á Paulo IV: los vasallos eran los italianos, y por ellos, y por libertarlos, van á derramar su sangre las tropas del Papa. Si amar la libertad, el engrandecimiento y la independenciam de la patria, es un crimen, el Sr. Paulo IV tuvo ese crimen, Sr. Amador.

Decís en ese estilo tan bello que usais: *que el duque de Alva lo redujo á pedir misericordia y á que le costara muy cara la fiesta*. ¡Qué mal conoceis á Paulo IV y al duque de Alva! y sobre todo, ¡qué mal habeis estudiado la historia! Pasó todo lo contrario de lo que decís. «Se convino, dice el conde de Beaufort, en que el duque de Alva iria á dar satisfaccion á Paulo IV, en nombre del rey católico.» (1) Y el valiente capitán y fervoroso católico, dobló sus rodillas ante el Papa-rey.

Lo acusais tambien de que fué amigo del nepotismo. Es cierto que confió á sus parientes empleos muy distinguidos en los asun-

(1) Tom. 5, pág. 117.